

Ida Vitale
SHAKESPEARE
PALACE

Mosaicos de su vida en México (1974-1984)



Lumen

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Cristóbal Pera, que debió dedicarse a la
ciencia por su confianza en las hipótesis,
con nuestro cariño*

Espatriare giova.

GIORGIO MANGANELLI,
Lunario dell'orfano sannita

Algo previo

No pretendo presentar como memorias las páginas que siguen, aunque estén determinadas por la mía. Aquéllas suelen pretender una ejemplaridad, un zumo moral exprimido de los recuerdos que se ofrecen. No es ésa mi intención, si bien todo lector tiene el derecho a utilizar lo que lee tanto como lo que vive para pensar lo suyo.

No comienzan con nuestra llegada, ni nuestra partida les puso el punto final, físico y espiritual. Una ciudad, un país, un paisaje, en el más amplio, complejo e impreciso sentido de estas palabras, y seres, lenguaje, afectos, olores, rumores, guardados en un misterioso matraz, a veces matriz, se amalgaman y desprenden imprevistas añoranzas. Una nada casual nostalgia impone su resurgir y echamos mano de nuestras evocaciones, tal cual como *hoy* las organiza.

No es fácil aceptar el riesgo de una escritura sin libertad. Las cosas que ya no pueden mejorar ni empeorar segregan una sustancia poderosa pero secreta, estímulo o freno que nos guía y determina la selección, el orden de lo dicho y aun de lo en otro tiempo sentido, obligándonos a un viaje nunca exento de melancolía, sobre todo en aquellos casos en que evocamos momentos de rara felicidad. Para que la memoria asuma su tarea, un involuntario contrato interior cierra las puertas a la fantasía, y así la libertad, gloria de la escritura, padece más maniatada de lo que se quería.

Sin embargo, la libertad tiene sus recursos y los usa en la elección de los recuerdos. Sí, la memoria se cree poderosa, pero es la libertad la que en su juego, al fin dominante y arbitrario, elige aceptar o borrar. Ella extrae del pasado, caja de Pandora cuya obstinada cohesión deshace, vientos y

reposos, lo insípido, lo memorable, incluso lo que podría olvidarse, lo deleznable, si pese a serlo nos ha dejado alguna enseñanza o, simplemente, alguna vibración. Decía Michaux: *Mémoire n'est plus obstacle*.

Quizás me apoyo en el absurdo intento de que no muera el tiempo ya pasado, de que por un instante, al *frotar y limar mi cerebro con otros* (Montaigne), suspendamos entre algunos nuestra eterna caída. Que la gratitud y los afectos no sean inexorables cenizas.

Todo comienza antes

Antes de que el destino nos pusiera a Enrique y a mí en México, éste fue una desaforada ilusión adolescente, una burbuja que las líneas de mi mano sostuvieron por unos días hasta que se desbarató.

Retrocedo a una época ya casi inasible, al final de los estudios preparatorios (los dos años que seguían a los cuatro de secundaria, previos al ingreso a la universidad): con Alicia —amiga con la que practicamos la constancia, desde la escuela hasta su muerte— mirábamos sin deslumbramientos un futuro de abogadas al que nos conducían los preparatorios de derecho. Habíamos optado por éstos, porque insinuaban, con el engaño de una novela realista que de pronto echara mano de fantasmas, una vaga proximidad con los cursos de humanidades con los que sí soñábamos. La inexistencia de éstos no condecía con el pasado cultural del país y nos dejaba sin un auxilio institucional que suponíamos imprescindible, sin un derecho cuya imposibilidad de cumplirse nos hacía sentir estafadas.

El Uruguay había alcanzado un nivel bastante saludable sin esos cursos por cuya falta nos angustiábamos, pero al imaginar la cultura como un crecimiento infinitamente posible, insistíamos en ir en su búsqueda donde fuese.

Uno de mis profesores se había formado en la no muy remota ciudad argentina de La Plata, en la que desde hacía muchos años era posible seguir los ansiados estudios. Pero ni el resultado a la vista me convencía ni teníamos noticias de becas para ninguna universidad argentina. Así llegamos a una conclusión que creímos sabia: sólo México podía resolvernos el problema que nos obsesionaba.

Empezábamos a leer y admirar autores traducidos en editoriales mexicanas que suplían en parte a las españolas, rehuidas por llegar del dominio franquista. Estas lecturas pudieron ser arcos de un puente que nos pareció de sencilla plata. Una tarde —debía ser en los primeros meses del 43— caminaba con Alicia por el centro de la ciudad, ambas dándole vueltas en la cabeza a nuestro tema, como solíamos. Sin duda hartas de no avanzar en el asunto, allí mismo resolvimos tomar el toro por los cuernos y llamar a la embajada de México y pedir una cita con el agregado cultural. O con el mismísimo embajador. Sin conocer a ninguno de los dos, claro está. La embajada estaba en el Prado, un barrio lleno de hermosas residencias finiseculares con grandes jardines desatendidos; allí había estado la casa de mis abuelos, allí mí tía Ida había plantado árboles raros en el Uruguay. Alejado de las playas que no estaba de moda frecuentar cuando se fue creando, no nos resultaba muy familiar ni era cómodo el traslado hasta él y ya eso nos pareció una aventura que debía dar comienzo a otra.

Lamento haber olvidado el nombre —o quizás nunca lo supimos— del funcionario que nos atendió, con paciencia que supongo no exenta de cierta curiosidad. Poco a poco fue atrayendo a tierra el fantástico globo que habíamos construido en nuestra impráctica, disparatada hipótesis, mientras nos sentíamos capaces de riesgos mayores, dignos de Verne. Existían, sí, las becas, becas exiguas, que no incluían el pasaje, algo básico, aunque en nuestra imaginación no había pesado la lejanía de nuestra meta. Tampoco era seguro que fueran suficientes para pagar alojamiento, comida y esos etcéteras que en boca del amable señor fueron alcanzando, de modo clínico e impostergable, aunque de gran gentileza, un peso abrumador como para irnos hundiendo a cada una, sin que nos atreviéramos a mirar la angustia de la otra, en los cómodos sillones en que nos habían sentado.

Nunca supimos a qué punto exacto debíamos llegar. Ahora supongo que a Veracruz, en barco, y de allí a la capital, en ferrocarril, tampoco incluido en la beca. Ni siquiera habíamos estudiado en un mapa las distancias, las representaciones de esa realidad inconsistente para nosotras, fuera del espacio sin peso de lo quimérico no puesto a prueba.

Quizás no se entienda el tamaño de nuestra frustración porque aún no he dicho que nuestro proyecto había comenzado por lo que supusimos una base seria: un mes atrás —al menos yo— había tramitado mi primer pasaporte. Por mucho tiempo lo guardé, inviolado, hasta el día en que, inexplicablemente, lo perdí. Incluía la mejor fotografía de mi vida, prueba de que el técnico que me la tomó en la policía había entrado, quién sabe cómo, en mi mismo nivel de irrealidad. Porque todos saben que las fotos que en aquel lugar se producen son siempre las menos agraciadas de la colección que, quierase o no, se va armando en nuestra historia.

Esta que voy a recordar es una historia ya antigua, aunque no tanto como la anterior, la que no llegó a ser. Alguna vez, en ocasión de una lectura-homenaje o un acercamiento, que también lo era, a Jaime Sabines, en el que se me ofreció participar —y yo acepté con alegría—, estuve tentada de hablarle de Rosario Castellanos, de esa Chayito que él quiso bien. Y no lo hice, por inveterado temor de parecer buscadora de cercanías. Por los años sesenta leí *Balún Canán*, recién llegado a librerías de Montevideo. No conocía a su autora, como tampoco conocía mucho de la literatura mexicana de ese momento, pero escribí con entusiasmo en la página literaria de un diario, donde a veces colaboraba sobre aquella novela que me abría un mundo distinto. Alguien, sin duda desde su embajada en Montevideo, le hizo llegar mi nota. Sabría después por ella que eso coincidió

con un momento desdichado de su vida (una operación y, según entendería mejor más adelante, el final de su matrimonio). El estímulo de la lectura de una lejana desconocida la alcanzaba con precisión inesperada. Un tiempo después una carta me anunció su llegada desde Chile, de paso para México. Pudimos estar juntas unas horas.

En ese momento, un viaje a México me seguía pareciendo tan imposible como después del sensato desahucio sufrido en la adolescencia, aunque Rosario hablase de esa eventualidad como algo normal.

Pero llegaron los militares y México, ilusa idea de un pasado remoto, ya detrás de *la línea de sombra*, reapareció gracias a Julio Zamora Bátiz, su embajador ejemplar, que habiendo asistido, en un ciclo de homenaje a México, a una conferencia de Enrique sobre Nezahualcóyotl, espontáneamente averiguó cosas, ató cabos y resolvió ofrecerle una escapatoria en forma de beca. Quince días antes de nuestra partida, estando yo en casa de Alicia y sin saber que Rosario había sido nombrada embajadora en Israel, el informativo que mi amiga jamás dejaba de escuchar nos dio la noticia de la absurda muerte de la escritora, al intentar encender una lámpara. Estaba acostumbrada a ciertas manifestaciones del destino que prefería registrar sólo cuando me eran favorables, sin serlo muchas veces, pero aquélla me pareció mucho más terrible de lo que demostré. Pensé que nuestro viaje comenzaba por un signo inclemente: en el país al que nos dirigíamos sólo conocía a poquísimas personas y una de ellas acababa de desaparecer. Esa pena que me quedó, tan sorpresiva, fue lo que no le conté a Sabines.

No sé si en esta lista de lazos con México debo citar un tenso rato en el aeropuerto, en 1964, cuando pretendí visitarlo por primera vez, como breve turista al regresar de Cuba, donde había sido jurado de un concurso literario, pre-

tendí visitarlo por primera vez, como breve turista. Me encerraron en una sala hasta que, después de un tiempo, sin duda calculado para ponerme en un estado de perturbación propicio al descubrimiento de mis proyectos atentatorios contra la seguridad del país, apareció por allí un fotógrafo, éste sí nervioso, que pretendía tomar disimulado registro de mi paso. Durante un largo rato, indignada por la absurda demora, me entretuve en impedirselo, abrumando mi cara entre las manos o dándole la espalda, pero luego de tanto jugar al gato y al ratón, tomándome ilusamente por el gato, al fin lo dejé hacer, dado que, aunque a lo mudo, ésa parecía ser condición esencial para que yo visitara Teotihuacan, reconociéndole al fotógrafo, por otra parte, su condición de tristísimo y bien amaestrado ratón. Pero ésa es una historia ya muy antigua, para ambas partes, al fin, pese a todo, fui aceptada.

La mano de un artista: Fonseca

La llegada a México ocurriría, al fin, en 1974, después de unos meses agotadores en que había que elegir lo imprescindible en función de un futuro misterioso y dejar en las mejores condiciones lo que quedaba abandonado, vacío, sin saber por cuánto tiempo dejábamos nuestro país y qué nos esperaba en el que nos recibiría. El viaje sería largo; iba a la vez deprimida y tensa y además sola, porque Enrique estaba dando un curso en Alemania y no llegaría a México hasta un mes más tarde. Me había ocupado de que mis hijos viajaran a Venezuela, donde estaba su padre, a salvo de la inquietante situación en que podían encontrarse como estudiantes en un país en manos —es un decir— militares.

Al ingresar, olvidé en el aeropuerto una funda donde venían un abrigo y un impermeable, ambos necesarios. No me di cuenta de eso hasta estar en lo de Ulalume y Teodoro González de León, pareja por entonces, que habían aceptado que viviese con ellos esos primeros días. Pero Danubio Torres Fierro, primo segundo de Enrique, que era el que había pensado en pedírselo y que me esperaba allí en la casa, resolvió con su normal dinamismo llevarme en seguida de regreso en busca de lo olvidado, en el auto de Ulalume.

Danubio había llegado unos meses antes, y aunque después yo comprobaría que me llevaba gran ventaja en el manejo de la realidad, aún no estaba muy ducho en las rutas que unían dos puntos de la ciudad tan alejados entre sí como Galeana y el aeropuerto. Sin embargo no hubo problemas, y tan rápido fue todo que aún la funda giraba sin perturbaciones en una banda ya casi vacía. Pero de regre-

so, sin notarlo, dejamos atrás la salida que correspondía a nuestro destino y nos descubrimos derivando por lo que luego supe que era la Ruta Olímpica.

Encantada por el sorpresivo paseo, que me permitía imaginarme como una turista despreocupada, descubrí, entre las grandes esculturas donadas por diferentes países, un gran cono trunco, trabajado con huecos, salientes, escaleritas. Algo en su estilo me resultó muy acogedor. Le aseguré a mi acompañante que aquello sólo podía ser de Gonzalo Fonseca, aunque por entonces no había visto una sola escultura suya.

Fonseca era para mí el mejor discípulo de Joaquín Torres García, el gran pintor que se había formado en Barcelona y que había llegado a Montevideo para revolucionar un arte que en realidad no dejaba de ser mayoritariamente respetable. En las pinturas de Fonseca, que cada tanto integraban las regulares exposiciones del Taller, podía darse algún olvido de la regla áurea o el escándalo de usar colores no primarios, como rosados y celestes, contraviniendo la paleta casi monacal que Torres instauraba. No obtemperar en su totalidad los sagrados principios del constructivismo debía sonar para los devotos como maracas en una corrida de toros o una murga, para mí, cuando espero Bach o el silencio. Y sin embargo, un cuadro de Zuloaga, como sus compañeros le llamaban, imponía respeto por sí solo y escapaba airoso a las leyes de aquella inquisición que emanaba del Taller, quizás más que del mismo Torres.

(Ahora, con el correr de los años, puedo entender mejor cómo la presión de un medio se hace insoportable para el individuo consciente de ella y veo claramente y de modo objetivo cómo alguien, encerrado en un pequeño país y subyugado por el peso de la opinión general, reproduce, ampliándola, medio siglo después, la misma homogeneidad y sometimiento al esquema triunfante, aunque ya no se trate de normas pictóricas.) Un taller o escuela puede ayudar mediante propuestas o imponiendo una orientación, en

la etapa en que un artista se forma, pero más adelante, en el momento necesario de liberar lo interno original, el mandato puede volverse tiránico, sobre todo si afecta a un espíritu de excepción.

Fonseca, al que en nuestra primera juventud encontraba alguna vez en conciertos, con amigos comunes, muy pronto se había vuelto un mito. Contaban de él, entre otras cosas, que habiendo contraído una enfermedad pulmonar, que solía ser mortal antes de la penicilina, se había aislado en una carpa en el jardín de su casa, curándose, también en rebeldía. Pronto iba a desaparecer del ambiente montevideano, aunque llegaban noticias de su afirmación como artista y de su creciente inclinación por la escultura. Pasaron muchos años hasta que me encontré en el paisaje urbano mexicano, adivinándola, con aquella obra, en su color original primero. No sé por qué, luego pasó a un desubicado celeste.

Con el tiempo vería en Caracas, en el *hall* de entrada del Museo de Arte Moderno, toda una pared revestida de madera, trabajada por Fonseca en el mismo estilo de su cono mexicano, y también fotografías de otras obras suyas similares. Muchos años después, ya en Austin, visito ritualmente en el Blanton Museum, en la esquina de una gran sala, un homenaje a las ruinas romanas, donde un pie sugiere la sobrevivencia de una estatua clásica. Junto con un Gerzso, que enfrenta con sus planos verdosos al rojo travertino de Fonseca, son lo que más quiero de esa muestra permanente de un gran momento del arte americano.

Justifico esta referencia aquí a un artista uruguayo que siempre admiré, porque descubrir su obra casi al aterrizar en México me ofreció la apaciguadora impresión de un buen presagio, de una gran mano amistosa que se tendía para crearme la ilusión de que no había cortes en la vida, que ahora se abría una puerta, sin que atrás ninguna se hubiese cerrado. Y también porque siempre he pensado que el arte es ese mágico territorio libre y generoso donde to-

dos podemos movernos sin pensar en fronteras, que las obras pueden ignorar.